



CLUB DE LECTURA

Operación exterminio

Alejandro M. Gallo

Miércoles, 18 de marzo de 2010



INDICE:

1.ALEJANDRO GALLO (1962-).....	3
1.1.- BIOGRAFÍA.....	3
1.2.- OBRA.....	3
2. ANÁLISIS DE LA NOVELA	4
2.2.- ARGUMENTO.....	4
2.3.- NARRADOR.....	4
2.4.- LA ESTRUCTURA.....	4
2.5.- EL TIEMPO.....	5
2.6.- LOS PERSONAJES	5
2.7.- ESTILO	6
2.8.- TEMAS.....	6
3. CONTEXTO HISTÓRICO DE LA NOVELA	6
3.1.MADRID. EL LARGO ADIÓS A LA CÁRCEL DE CARABANCHEL.....	6
3.2. ASTURIAS REPUBLICANA.....	8
4. ARTÍCULOS.....	14
4.1.ENTREVISTA A ALEJANDRO GALLO SOBER SU LIBRO “CABALLEROS DE LA MUERTE”. FUNDACIÓN JUAN MUÑOZ ZAPICO.....	14
4.2. MAQUIS. LA HISTORIA RECOBRADA.	16

1. ALEJANDRO GALLO (1962-)

1.1.- BIOGRAFÍA



Nació en Astorga, León. Es novelista, ensayista, guionista de cómic y colaborador en varios medios de comunicación. Licenciado en Filosofía, Ciencias Políticas y Ciencias de la Educación, fue oficial de Ejército y jefe de las policías locales de Astorga y Langreo (Asturias). Actualmente es jefe de la policía local de Gijón y profesor de la Escuela de Seguridad Pública del Principado de Asturias. El escritor Andreu Martín se inspiró en él para crear el personaje del jefe Álex del Toro.

Gallo también es autor de la exitosa trilogía sobre la historia de las cuencas mineras del norte de España en clave negra- ***Una mina llamada Infierno (2005)***, ***Caballeros de la muerte (2006)*** y ***La última fosa (2008)***- y creador de la serie de inspector Ramalho da Costa, tanto en novela como en guiones de cómic (ilustrados por Vicente Cifuentes y Julio Cangialosi). Su personaje ha sido definido como “carismático” (Álvaro Pons, *El País*), “creado con todas las fuerzas del género negro” (*El Comercio*) y “protagonista de crudos relatos en los que el contexto social es una pieza fundamental de la trama” (*Diario Montañés*).

“Sus novelas denuncian, con toda brutalidad, la hipocresía vergonzante que rodea hoy en día el discurso contra la llamada recuperación de la memoria histórica”. *Pedro Gálvez, escritor.*

“Gallo abre una puerta distinta a la novela negra hasta ahora escrita en España”. *Radio Alma (Bélgica).*

Entre sus novelas están, además de las anteriormente mencionadas, *Asesinato de un trotskista (2004)* y *Operación exterminio (2009)*, su última novela.

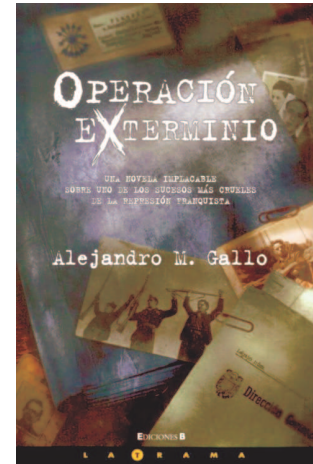
1.2.- OBRA

- *Asesinato de un trotskista (2004)*
- *Una mina llamada infierno (2005)*
- *Caballeros de la muerte (2006)*
- *La última fosa (2008)*
- *Operación exterminio (2009)*

2. ANÁLISIS DE LA NOVELA

2.2.- ARGUMENTO

En otoño de 1946, los muros de la prisión de Carabanchel fueron testigos mudos de una ambiciosa conspiración. Luis González Vincén, jefe de Información de Falange y encargado de terminar con la oposición antifranquista, infiltró a un colaborador habitual del Régimen en la sexta galería de la cárcel, la correspondiente a los presos políticos. Con esta decisión dio el pistoletazo de salida a la Operación Exterminio, maniobra secreta que llevaron conjuntamente los Servicios de Inteligencia de la Guardia Civil y los de Información de Falange. Los resultados de esta intriga no empezaron a verse hasta el 27 de enero de 1948. Fue entonces cuando una serie de terribles acontecimientos sacudió las montañas asturianas, una infamia que tuvo eco incluso fuera de nuestras fronteras. Operación Exterminio narra uno de los sucesos más crueles de la historia de la represión franquista y su guerra sucia contra la guerrilla republicana. Partiendo de estos hechos reales, Alejandro M. Gallo urde una tensa y emotiva novela que rinde tributo a todas aquellas personas que lucharon contra el franquismo y por la libertad



2.3.- NARRADOR

Operación exterminio no es una narración aséptica de la lucha de la guerrilla republicana en los montes de Asturias. Gallo elige contar desde la emotividad, desde el “factor humano” y para ello recurre al uso de la primera persona. Va aún más allá: la narradora, Libertad Llaneza no está repasando los hechos acontecidos a modo de memoria ni se dirige a potenciales lectores anónimo; ella tiene una interlocutora, su hermana Ángeles Llaneza, muerta en el año 48. Libertad inicia su relato sesenta y un años después de su muerte a modo de desagravio a la memoria de su hermana..

Sin embargo, y pese a la coexistencia de dos narradores, en esta novela la narración tiene un valor meramente contextual pues son los diálogos los que mayor peso tienen en el desarrollo de la historia

2.4.- LA ESTRUCTURA

Llama la atención que una novela no demasiado extensa, poco más de cuatrocientas páginas, se articule nada menos que en setenta capítulos.

En realidad la novela se bifurca en dos ejes. La conductora del primer eje es Libertad, suponemos que apoyada en su diario. El otro eje narrativo, cuyo hilo conductor sería don Carlos se centra en la Operación Exterminio, y ya no es Libertad sino un narrador anónimo, ajeno a la historia quien nos guía.

Incluso cuando estos dos ejes confluyen en el capítulo 26, siguen trascurriendo como narraciones paralelas: ocupando capítulos independientes. He ahí el porqué de la profusión de capítulos

2.5.- EL TIEMPO

El uso del tiempo no es significativo en la novela de Gallo. Ésta está concebida como un “flash back” Sólo el capítulo preliminar, “Tormenta de recuerdos” y el capítulo último “Hoy”, están narrados en tiempo presente”

En ningún momento cae en la incoherencia o hay avances o retrocesos significativos; desde el capítulo primero la novela avanza linealmente hacia su desenlace.

2.6.- LOS PERSONAJES

Operación exterminio es una novela coral como es lógico en una novela con vocación de intrahistórica.

Libertad Llaneza

Parece merecer la consideración de personaje protagonista pero en realidad Gallo utiliza a esta chiquilla, su paso abrupto a la madurez, como la amalgama que necesita para contar la historias que quiere contar: la de Manolo Caxigal y Ferla, la de Don Carlos y el Cabo Artemio, la Chonchi y Ventura...Guerrilleros, falangistas, curas, putas, estraperlistas: la intrahistoria.

Gallo gusta de crear personajes antagónicos. Así el contrapunto a Libertad Llaneza, su conciencia y su coraje lo ponen las pelirrojas hijas del falangista Patiño, totalmente inócuas.. La Iglesia comprometida con los que sufren, don Félix, frente a la Iglesia adepta al régimen, don Cosme. El héroe que lucha y muere por unos ideales frente al aventurero que sólo busca su beneficio: Ferla frente a don Carlos. Martín, y su acatamiento a la obediencia debida, frente al pillaje del Cabo Artemio o la ferocidad animal del sargento Fernández

Don Carlos. Representa la quintaesencia del mercenario: don Carlos es leal al mejor postor y siempre a si mismo. Aunque se presenta como afecto al régimen, lo cierto es que no le impide estafar a ese mismo régimen al que dice servir. Gallo no cae en la tentación de hacer de él un completo villano. Don Carlos no se ensaña, es capaz de sentir simpatía por Pin, aunque no hasta el punto de perdonarle la vida. Su única fisura: es capaz de enamorarse.

Ferla.

Representa la dignidad del héroe. Personaje sin fisuras; Gallo no profundiza en él; prefiere presentárnoslo desde la mirada inocente y enardecida de la joven Libertad.

Martín

Gallo necesitaba crear este personaje como contrapunto moral al resto de los personajes “del régimen” que pueblan la novela. Comparte territorio moral con Caxigal o el propio Ferla.

Mocu

Ejemplifica perfectamente cuán dañinas pueden ser la simpleza y la debilidad cuando se ven investidas de poder, por insignificante que éste sea.

Ventura

La bonhomía. Ventura es una buena persona porque ha decidido serlo, porque su empatía por los que sufren es superior a la amargura por todo lo que él ha sufrido. Completan el elenco de personajes positivos la Chonchi, cuya capacidad de amar no fue recompensada y que sin embargo aún es capaz de mostrarse generosa, Pin, cuya ingenuidad es el detonante del fin y Angela, la hermana perdida, convertida por el recuerdo en un ideal.

2.7.- ESTILO

Operación Exterminio es una novela plástica y ágil, escrita en un estilo que podría ser calificado de "cinematográfico". El estilo de Gallo es cercano al del guión cinematográfico: crea un contexto para sus personajes y luego deposita en ellos, en sus diálogos, la responsabilidad de desarrollar la acción. Las reflexiones y acotaciones de Libertad Llaneza tendrían el valor de una cinematográfica voz en off: aportarían matices, pero no desarrollos.

2.8.- TEMAS

El tema principal es sin duda el del cerco y aniquilamiento de la guerrilla republicana en los montes de Asturias, pero es también el de la lucha por el poder entre las distintas facciones del bando ganador y el clima permanente de humillación y asfixia moral a que los "vencidos" eran sometidos, sin más alternativas que la resignación, la lucha o la huida.

Transversalmente aparecen el tema del papel de la mujer en la guerrilla y en la nueva sociedad, las cárceles y la ignominia de los trabajos forzados que sirvieron para enriquecer a los adeptos al régimen.

3. CONTEXTO HISTÓRICO DE LA NOVELA

3.1.MADRID. EL LARGO ADIÓS A LA CÁRCEL DE CARABANCHEL.

LA ULTIMA PRISION DE FRANCO

Construida después de la Guerra Civil, historias y recuerdos se acumulan entre los barrotes del penal madrileño



JUAN CARLOS DE LA MADRID.- Casi 59 años y un día. La cárcel de Carabanchel ha cumplido su condena. Cuando dentro de unos meses deje de existir, la imagen de la prisión interior que permanece en el recuerdo de muchos de sus antiguos inquilinos desaparecerá también entre sus piedras. La historia de Carabanchel es la historia de un ajuste de cuentas eterno entre la sociedad y sus renglones torcidos. Franco la concibió en 1940 como pudridero de sus enemigos políticos. Los que no fueron a cavar al Valle de los Caídos pasaban hambre, frío y desolación en el Al-

catraz madrileño. Los propios presos la construyeron. Entonces las cárceles no tenían piscinas, pistas de pádel o televisión. «Entonces sólo había ratas y hombres derrotados», recuerda Simón Sánchez, de 83 años, el líder comunista a quien la Dictadura le hizo recorrer todas sus cárceles durante tres décadas.

Montero y Marcelino Camacho fueron dos de los presos más insignes de Carabanchel. El último llegó en 1973 y protagonizó sonoras huelgas de hambre. Muchos -hoy políticos de renombre- presumieron durante años de haber pasado por sus galerías. Pero su estancia se redujo a varias semanas.

«La primera vez que entré fue en 1948. Me trajeron desde el penal de Burgos para que me juzgara el Tribunal contra la Masonería y el Comunismo. La cárcel me pareció cómoda si la comparamos con las que conocía. Tenía un comedor muy hermoso. El mes que permanecí engordé gracias a las comunas que se montaban en las galerías. Esta organización nos permitía a los presos políticos vivir mejor», recuerda Montero.

Por su comportamiento, los funcionarios sabían distinguir las debilidades de sus vigilados: los anarquistas siempre estaban solos; los comunistas eran los que más leían; y los socialistas andaban en grupo. «Organizábamos concursos de canciones revolucionarias. Lo peor de todo era cuando te metían en una celda de castigo. Eran auténticas jaulas. Yo estuve un mes dentro. Aunque, a veces, era mejor quedarse. Si salías, corrías el riesgo de recibir alguna paliza», asegura el viejo comunista.

Pero no sólo de la política vivían los presos. A través de sus barrotes, miles de reclusos vieron cómo el régimen franquista rescataba para la infamia el garrote vil, con el que se ajustició a varios condenados. El 4 de julio de 1959 daba su último suspiro el más célebre de ellos, Jarabo, acusado de cuatro asesinatos. Cuatro años después, dos anarquistas, Francisco Granados y Joaquín Delgado, fueron ejecutados. Murieron alegando su inocencia sobre los atentados que les achacaban. Hace poco se demostró que tenían razón.

De esta época corren muchas leyendas en Carabanchel. Hay quien dice que, cuando las máquinas remuevan los subterráneos de la cárcel, aparecerán los huesos de muchos desaparecidos o presos presuntamente fugados en aquellos primeros años. Afortunadamente, con la llegada de la democracia la situación mejoró ostensiblemente.

Más violaciones



«Las galerías estaban tan sucias que cuando caminabas por los pasillos se te quedaban pegados los tacones. La comida era mala, insuficiente y siempre estaba fría. Las violaciones en aquellos años, por ejemplo, eran una realidad. Yo presencié una masiva y fue terrible. Después, con la llegada del vis-à-vis, la situación se relajó y actualmente son un tópico», asegura el sacerdote Carlos Jiménez de Parga, asesor del Defensor del Pueblo para asuntos penitenciarios, que también estuvo preso en Carabanchel en 1968 por «causas políticas».

Este cura fue uno de los fundadores del mítico Colectivo de Presos en Lucha (COPEL) que organizó los mayores motines en el interior de la cárcel.

«Con la llegada de la droga, la explosión del sida y la relajación del reglamento penitenciario la prisión cambió. La única droga que se consumía entonces era la tónica, que consistía en una botella de esta bebida rellena de ginebra. Recuerdo que los funcionarios hacían concursos para cazar ratas y que a muchos presos los jueces les hacían el traje, ajustándoles la condena a los años que habían pasado como preventivos», dice Jiménez.

La primera norma que se aprobó por mayoría absoluta en las Cortes democráticas fue la reforma de la Ley General Penitenciaria. «Es lógico. Todos los partidos tenían gente suya en alguna prisión. Luego, con la llegada de Antonio Asunción, se produjo el impulso definitivo. En Carabanchel, por ejemplo, se empezó a comer caliente. Se pasó de tener dos médicos a más de 20. Y todos los presos tenían derecho a una televisión en su celda. Este detalle tranquilizó mucho los ánimos. Los reclusos estaban entretenidos», añade el sacerdote.



En la década de los ochenta llegaron las mujeres procedentes de la desmantelada cárcel de Yserías. El cotarro se animó y reclusos y reclusas mataban el tiempo comunicándose a través de las ventanas. Hubo incluso alguna boda. Después, en los noventa, aparecieron las dramáticas estadísticas, en las que la opinión pública supo que más de la mitad de los presos está infectado con el VIH, o es toxicómano, o analfabeto... A partir de ahora, las cuentas las harán en otros destinos.

3.2. ASTURIAS REPUBLICANA.

LIBRO: La Libertad es un bien muy preciado.

Prólogo de Pierre Broué



Cuando escribimos, mi amigo Emile Témime y yo, nuestro libro sobre “La Revolución y la Guerra de España”, no buscábamos ni el éxito, ni la notoriedad. Queríamos presentar una interpretación coherente de ese momento de la historia humana que tan profundamente marcó nuestra conciencia de niños: diez años teníamos los dos en 1936.

Unas fuentes históricas de por aquí y por allá: numerosas obras del bando nacionalista, de una rara mediocridad en su aplastante mayoría. Del otro lado, memorias o alegatos que a nosotros nos resultaban casi imposibles de conseguir por estar editados en Argentina o en Méjico, testigos esparcidos por los rincones del planeta, restos de colecciones de periódicos, sin archivos accesibles, salvo los de los vencidos en la Segunda Guerra mundial y el drama óptico que hacía ver “la Guerra de España” a la luz del otro sin haber, verdadera y seriamente, reflexionado sobre lo que fue esa guerra.

Fue algo que ocurrió por sí mismo, a favor de la gran sombra que el conflicto mundial proyectó sobre la minúscula península ibérica, pero también bajo el impulso de las políticas que tenían interés en la confusión y hacían de España una especie de prólogo de la Gran Tragedia. Eso era un contrasentido terrible, porque nosotros habíamos en varias ocasiones, después, en nuestros diferentes trabajos, alcanzado a tocar con el dedo otra realidad virtual, una diferencia de carácter entre las dos guerras que hacía que una

victoria del bando “republicano”, o sea, de “la revolución”, en España habría podido tocar a muerto para los agresores históricos del Eje.

¿Quién puede decir que mi sueño de una debacle completa del régimen del Duce después de la desbandada de sus desgraciados “voluntarios involuntarios” en Guadalajara era imposible? ¿Los adoradores de los hechos consumados, quizás? Pero éstos no tienen sitio en un debate de ideas y, normalmente, se conforman con representar el papel de alguaciles.

Diré aquí, una vez más, lo decepcionado que quedé cuando se abrieron los archivos españoles sobre la Guerra civil y, más tarde, los de la Internacional comunista en Moscú, del poco celo que han puesto los historiadores neo-oficiales en adueñarse de estas nuevas fuentes y hacer con todos los medios apropiados lo que nosotros, Témi-me y yo, habíamos intentado, en la penuria y la pobreza, veinte años antes.

Esperábamos tesis y monografías, un trabajo en profundidad en las fuentes, la documentación de los archivos, la prensa, los testimonios de los protagonistas que aspiraban a atestiguar con todas sus fuerzas. Después de los dos volúmenes sobre Navarra en 1936, el magnífico trabajo de Francisco Moreno Gómez sobre Córdoba durante la guerra civil, después de la odisea del “Cervera”, esperaba una cincuentena de obras de ese tipo, de esa dimensión, de esa riqueza, que viniesen a quien sepa ahondar más profundamente.

En lugar de eso, tuvimos algunas polémicas políticas que intentaban meter a España en el marco del pensamiento histórico único, llamado “de izquierda”; que trataban de hacer de Francisco Largo Caballero un hurgón mediocre; de Juan Negrín, un aristócrata, aventurero de los tiempos modernos de vista penetrante y de la Pasionaria una pura heroína.

He aceptado prologar la obra que sigue a continuación antes de haberla leído. Debo declarar, francamente, mi sorpresa. El autor ha sobrepasado lo que yo llamaría mis “exigencias” en materia de investigación sobre la guerra de España y es casi una edición de fuentes lo constituye este trabajo, una invitación a los estudiantes para que trabajen esta materia prima estudiando bajo todos los ángulos y con todos los útiles de los que disponen en este siglo de la informática.

Mi lector se impacienta: ¿cuándo voy a hablar de ello? Ahora, precisamente. Es necesario resituar el trabajo que me ha enviado Marcelino Laruelo Roa en el marco de esta larga historia de una historia para apreciar todo su interés y valor.

El autor comienza por advertir lealmente al lector de “su condición de papelista”. Explica el significado del término “papelista” con un humor que le ganará la simpatía confraternal de los investigadores auténticos:

“Un papelista es una persona que se dedica a guardar papeles de dudoso valor que luego, cuando los necesita, nunca encuentra.”

En la ocurrencia de todo ello, los primeros papeles indispensables son los periódicos porque señalan el camino del investigador al indicar cuáles condenas, por qué, por qué tribunal, y dan a veces los nombres.

Pero a continuación, había que ponerse manos a la obra con los documentos oficiales, los archivos, y los archivos de la represión para un Estado como el Estado español, son difíciles de entreabrir. MLR lo consiguió. “El Archivo, nos dice, se encontraba depositado en Oviedo: en el estaban todos los sumarios y todas las sentencias de la jurisdicción militar (desde Octubre a los “maquis”).”

El acceso a los archivos civiles, en este caso los libros de defunciones, no es menos difícil, pero MLR lo logró. Desde entonces, disponía ya de los principales elementos de su trabajo que ha iluminado con el de Enriqueta Ortega Valcárcel, titulado “La represión franquista en Asturias”. Podía comparar, es decir, verificar y controlar sus documentos, que es lo que ha hecho.

¿Pero qué es lo que iba a hacer? ¿Un grueso libro de historia cuantitativa, bien armado y muy a la moda? No es ése su género ni fue ésa su elección. Lo explica honestamente:

“Quizás algún día lleguemos a contar todos los muertos, todos los fusilados, pero lo que nunca podremos medir, lo que nunca sabremos con exactitud son las magnitudes del sufrimiento y del dolor que tuvieron que padecer todas aquellas pobres gentes... Ni su prolongación en el tiempo, ni en la vida de las personas y de sus descendientes”.

Confieso haberme conmovido al encontrar bajo su pluma, más de cuarenta años después, los mismos sentimientos que desde entonces han dictado mi actitud en toda mi vida y mi trabajo de historiador, y que los falsos historiadores “objetivos” que se envanecen delante de mí de ser los “verdaderos” historiadores me reprochan, a pesar de que yo anuncio el color mientras que ellos disimulan el suyo con gran cuidado. MLR escribe, en efecto, que:

“Lo que el autor pretende es llevar al lector una visión de aquel paisaje trágico. Mas desde el principio le advierte de lo incompleta y parcial de su obra. Incompleta, porque obstáculos de toda índole siguen ahí, sin que hayan podido ser removidos, ocultando parte de la realidad histórica. Y parcial, sí, totalmente parcial, porque este autor está de parte de las víctimas. Entre uno que grita “¡Viva la Libertad!” y otro que ordena “¡Fuego!”, para que los fusiles del pelotón restallen al unísono con su estruendo de muerte... ¡Imparcialidad? ¡Objetividad? Fusilaron a la Libertad una y otra vez para que España volviese a llevar las cadenas sin que nadie rechistase ni levantara la vista del suelo. No puedo ni quiero ser imparcial.”

Es, evidentemente, la misma actitud de principio la que da el marco general de su estudio de la represión masiva en Asturias a partir de 1937. MLR escribe:

“Ambos modos de actuar, los de la Falange, los de los cuerpos policiales y los del propio ejército franquista, respondían a una misma estrategia militar de eliminación del contrario y pacificación de la retaguardia por el terror (...) lo llamaron guerra civil, guerra fratricida (...) No, la Guerra de España no fue una guerra contra la República o por la República, sino contra la clase obrera, contra el poder emergente de los trabajadores y sus aliados y valedores en todos los sectores de la sociedad”.

Y señala a los hombres que dirigían la represión: “El clericalismo de la Iglesia católica española y su secular afán inquisitorial, el capitalismo subesclavista hispano y unos

terratenientes y una nobleza semifeudales no estaban dispuestos (...) a que sus infinitos privilegios, sus inmensos intereses sufrieran la merma que los conceptos de equidad y justicia del siglo XX decretaban (...) El ejército español en guerra contra el pueblo español para defender a los poderosos españoles. “Guerra de liberación”, “Cruzada” (...) Querían volver a la España imperial de los Reyes Católicos. Regresamos al hambre, al frío, a los cortes de luz, a las cartillas de racionamiento, al rosario en las escuelas, al “straperlo”, al gasógeno... Dejaron el país convertido en un solar. Cárceles abarrotadas y fusilamientos diarios”.

Una última observación sobre la pedagogía del autor se impone. El no vacila, para facilitar la comprensión de lo que dice, en hacer comparaciones con acontecimientos conocidos, contemporáneos. Hablando del bombardeo de Guernica, cuyo objetivo era, como se sabe, hacer desmoronarse el frente reventando la retaguardia, el autor menciona los bombardeos de Serbia y Kosovo. Muestra a Franco y a sus generales haciendo sus primeros hechos de armas y ganando sus galones en los combates contra Abd-el Krim, lo que le lleva a mencionar las guerras coloniales y su influencia sobre los militares de la metrópoli que las dirigen, la conquista de las aldeas rifeñas, la violencia y todo lo demás. Al hablar de la Iglesia católica y de su papel en la represión franquista, le lleva a mencionar el fundamentalismo islámico de hoy en día, y concluye:

“El fundamentalismo católico en España ha sido, seguramente, peor y con una persistencia secular”.

Eso es, me parece a mí, una prueba de honestidad intelectual y de cohesión del pensamiento personal, una garantía dada al lector de que no se le va a llevar a ninguna parte sin gritarle cuidado y hablando de otra cosa.

Para lo demás, es sencillo, hay que abrir esta obra y ponerse con ella. Los testimonios se leen bien, como un libro o, más bien, como una serie de novelas. Nos enseñan mucho sobre el ambiente, la caza de los rojos dirigida por los falangistas, los matarifes de toda clase, los sacerdotes denunciadores e incitadores, la alternativa permanente de la prisión o del “paseo” (y habían querido hacernos creer que el “paseo”, donde os abaten



en el curso del camino, era una especialidad anarquista), el terror visto desde los dos extremos, la angustia, el miedo de las familias, el coraje de muchos cara al chantaje sobre los pobres y los pequeños: “¡Dinos dónde está tu marido (o tu padre o tu hermano) porque, si no, te liquidamos a ti!”

Las condiciones de detención son espantosas, pese a que no difieran radicalmente de las que conocen sus camaradas de lucha “refugiados” en Francia e internados. Hubo algunos casos en que los verdugos fueron

condenados por los mismos tribunales que sus víctimas, pero se descarga el castigo de mucha mejor gana sobre los “soldados” marroquíes que sobre los españoles.

Están las condiciones materiales, particularmente duras. Sin duda, lo peor es el hambre. Casi todos los detenidos que se recuerdan de ello dicen que los guardias confiscaban, desde su llegada, los mezquinos envíos de Intendencia para venderlos luego muy caros. Se muere de tuberculosis en los campos de concentración, pero también sencillamente de hambre. Llueven los golpes, los malos tratos por la mínima cosa, las llamamientos por lista, resumiendo, toda la panoplia de los sádicos guardianes del orden de todos los países.

Antes que el libro de Marcelino Laruelo Roa, he prologado un trabajo de Hervé Mauran sobre un “Grupo de trabajadores extranjeros” de varios centenares de hombres, en su mayoría refugiados españoles, “asilados”, como escribe la administración, en Ardèche. Seamos francos como el autor, las condiciones de internamiento son las mismas para los españoles vencidos, en Francia, tierra de asilo, o en el que ya no es su país más que a través del presidio y el cementerio.

Podemos no leer de la misma manera las sentencias de los tribunales. Dos métodos son posibles y yo recomiendo los dos. Bien sea pasar de un golpe varias horas hojeando, no leyendo más que una palabra, una frase, que atrae la vista por un interés particular. O bien, leer página tras página, pero poco a poco, consagrandolas las semanas necesarias para asimilar lo que se lee, a saber, las largas listas de condenados, lo más frecuente, a muerte, para lo cual se necesita tiempo para comprender a posteriori que fueron condenados a causa de la biografía sumaria que acompaña al enunciado de la sentencia: su papel en Octubre de 1934, en julio del 36, su compromiso con los sindicatos o los partidos, en las milicias después, en resumen, todo lo que es crimen de “sedición” en el dominio de los “Blancos” eternos de la muy católica España, amiga de los fascistas que proceden de idéntica manera.

Por supuesto, habrá algunas sorpresas. Por ejemplo, un muchacho de 18 años que fue condenado a treinta años de prisión. La sola razón aparente –y sin duda, la única razón-, es que su padre era el chófer de un ministro anarquista. O cuando se tropieza con un joven metalúrgico, detenido con 24 años, que escribirá más tarde: “he vivido diecisiete meses y quince días condenado a pena de muerte, esperando todo el tiempo oír pronunciar mi nombre para ser fusilado”.

Se va uno a familiarizar -la palabra misma es impropia-, con los dos tipos de condena a pena de muerte, una, honorable, consiste en ser fusilado; la otra, ignominiosa, en ser estrangulado a “garrote vil”, la cual los jueces piden respetuosamente que se aplique en aquellos casos que consideran más graves.

Queda ahora la enorme cuestión de quiénes eran los machacados. Mi primera reacción fue la misma que tuve delante de las listas de prisioneros y muertos de la Comuna de París y los trabajos de Jacques Rougerie sobre la represión. Está claro que fue la clase obrera, en sus cuadros, sindicales y políticos, en sus adultos y sus juventudes.

Por supuesto, tenían sus amigos y aliados, y se encuentran bastantes enseñantes, pero también algunos médicos, algunos abogados, estudiantes... Saludemos su coraje: habrían podido vivir del otro lado. Pero el hecho de que sean los obreros, todo el que fuera cuadro obrero, en el sentido más amplio, el obrero que tenía alguna clase de ascendiente sobre sus camaradas, el que fue machacado, habida cuenta de todos los

que consiguieron escapar, muestra bien el puro carácter de clase de esta guerra “civil”. Señalemos de pasada un caso único, el de un cura que leía el periódico socialista de Asturias, “Avance”, era “izquierdista”, según sus jueces, como partidario... del presidente Azaña. Su obispo lo defendió tibiamente.

Lo que me ha parecido una novedad, ha sido la amplitud de la represión que en esa fecha cayó sobre los militares profesionales, sobre todo en los suboficiales, juzgado por alta traición o desertión. Se podría clasificarles en las categorías siguientes, aparte de los “Asaltos”, que permanecieron leales y fueron sistemáticamente liquidados por esa razón:

- militares que estaban de permiso en el momento del levantamiento y que se unieron a las milicias, a “los marxistas” como dirán sus jueces.
- Suboficiales, como los del cuartel de Simancas, que participaron en la “salida” mandada por el capitán Castillo y, a continuación, en el cerco y asalto a su cuartel.
- Militares, soldados o suboficiales que se insurreccionaron en el cuartel o rechazaron obedecer, que estaban en el calabozo y fueron libertados a la caída del cuartel.
- Suboficiales hechos prisioneros en el ataque al cuartel, encarcelados y que, poco después, fueron convencidos por los anteriores para alistarse en las milicias, donde eran bienvenidos.
- Militares que desertaron en el frente, cruzando las líneas, y que fueron relativamente numerosos hasta en 1937.
- Militares de otros cuarteles que apoyaron a los que se amotinaron contra los oficiales rebeldes, como ese suboficial del regimiento de Ingenieros de Gijón que sirvió de jefe artificiero para el asalto al Simancas.

Finalmente, me ha chocado encontrar entre los prisioneros y condenados a varios militares, venidos con las tropas de choque del Marruecos español, lo que entonces se llamaban “los moros”. Uno de ellos era un suboficial de nacionalidad española, de filiación anarquista. Vino a España, desde Ceuta, con el 2º Tabor, para participar en el pronunciamiento y, enviado al Norte con su unidad, desertó en la primera ocasión. El otro es un marroquí auténtico, de 26 años, venido desde Ceuta con el 4º Tabor. El tribunal que le juzgó por haberse “pasado al enemigo”, constata que no fue combatiente, pero que trabajó al lado del mando, emite la hipótesis de que era uno de los dirigentes de “la propaganda marxista” entre los marroquíes de Franco. Pero ahora sabemos por la biografía de su fundador, Nadji Sidqi, un poco de esa corriente, de su debilidad y de los grandes obstáculos a los que se tenía que enfrentar.

He ahí todo lo que yo he creído encontrar en dos lecturas. Amigos lectores, lean este libro, bien sea por el propio placer intelectual, por la necesidad de saber y entender o para sacar el jugo de los elementos de información contenidos en este trabajo gigantesco, y agradezcan conmigo, en nombre de muchos, a Marcelino Laruelo Roa, uno de los “nuestros”.

Pierre Broué

Saint Martin d'Hères, a 20 de Septiembre de 1999

4. ARTÍCULOS

4.1. ENTREVISTA A ALEJANDRO GALLO SOBRE SU LIBRO "CABALLEROS DE LA MUERTE". FUNDACIÓN JUAN MUÑOZ ZAPICO.

Saúl Fernández

-¿Qué tienen de heroicos los maquis de las montañas asturianas?

-Como dijo Marcelino Fernández, llamado «El Gafas», uno de los jefes del ejército guerrillero leonés, los maquis fueron los primeros en coger las armas contra el fascismo y los últimos en dejarlas.

-Pero al final no sirvió de nada.

-Fueron héroes y fueron fracasados, en dos ocasiones: perdieron la guerra y además perdieron la paz y encima fueron considerados bandoleros.

-¿De dónde nace la mitología de la montaña?

-De la derrota, todo derrotado trae consigo una mitología. Aquí, en Asturias, se hablaba de los hombres de la montaña, mientras que en el Sur se acudía a aquello de «los de la Sierra».



Alejandro M. Gallo, en la estación de tren de Avilés. [Foto: Ricardo Solís]

-¿Por qué escribe ahora «Caballeros de la muerte», una novela sobre los maquis y sobre Asturias?

-Siempre me sedujo mucho este mundo. En Asturias se derrotó al maquis en 1948 gracias a un topo de la Guardia Civil al que llamaban «El Francesito», algo así como «El Lobo» en ETA. Fue «El Francesito» quien convenció a los maquis para comprar armas en Francia por valor de 300.000 pesetas de entonces, que serían ahora al cambio como un millón de euros. Para conseguir el dinero que pedía este topo se organizaron atracos, asaltos. Las fuerzas de orden público les dejaron hacer, hasta que les pillaron y los mataron. Del maquis me atrajo siempre todo: el nacimiento de la guerrilla, su desarrollo y la creación posterior del mito. ¿Qué hubo detrás de todo esto? Estoy escribiendo una historia negra de Asturias: la mina, el maquis y la revolución, una mitología insurgente de la región.

-El franquismo, como recordaba antes, llamaba a los guerrilleros bandoleros.

-Nunca aceptaron el régimen. Los mataron a casi todos o los obligaron a partir para el exilio. En las montañas hubo un debate teórico respecto a cómo llevar la rebelión. Los socialistas abogaban por aguantar esperando la invasión europea en plena II Guerra Mundial. Los comunistas y los anarquistas eran más partidarios de los ataques. ¿Qué quiero decir con esto? Pues lo evidente, que no eran bandoleros, que se resistían a aceptar un régimen llegado de una derrota de la República.

-¿Qué queda del mito de la Asturias roja?

-Hubo una revolución, un movimiento de guerrilleros, estaba la mina y el mundo desarrollado en su entorno. Ahora, le seré sincero, no sé qué es lo que queda de todo aquello.

-¿Se olvidará la guerra civil después de setenta años?

-Cómo se va a olvidar si en los Estados Unidos todavía hay rescoldos de la guerra de Secesión. Hay iglesias donde todavía en sus atrios se homenajea a los muertos por Dios y por España.

-«Caballeros de la muerte», su último libro, no es una novela negra al uso.

-Hay una investigación, un trasfondo social, y hay una reconstrucción del pasado. Casi todos los lectores que he ido conociendo confiesan haber descubierto la novela negra a través de la historia con mayúsculas.

-¿La novela negra es una novela realista?

-Entiendo que es exactamente lo mismo. Una novela realista retrata el mundo tal cual es. La novela negra da un paso más: el retrato puede no gustar. Aunque, seré sincero, la ubicación de mis libros en uno u otro género no me preocupa. Lo que interesa es que lo que escriba sea lo mejor posible, que los libros sean buenos, que se lean bien.

-Su último libro arranca con la llegada en tren de un maquis a Asturias.

-Después de cuarenta años de ausencia. Regresa en busca de todo lo que le rodeó: de su familia, de sus raíces. Llega a Asturias desde Francia para morir en paz.

-Son los primeros años de la democracia.

-En 1977 fue el año de todos los regresos. Se abría la democracia, por eso elegí ese año, que es cuando vuelve mi protagonista.

-Andrés Rivera, el maquis, ¿qué tiene de real?

-La novela al completo es una mezcla de realidad y ficción y el protagonista también es una mezcla de tres personajes reales, Ángel Fuertes, que escoltó a Negrín hasta Valencia; Manolo Caxigal, un guerrillero del valle del Nalón que bajaba a los pueblos siempre vestido de cura y Miguel Campos, uno de los primeros en entrar en París tras su liberación en 1945. Pertenecía a la división Leclerc, la de los soldados españoles, la de los republicanos.

-«Caballeros de la muerte» es una historia muy asturiana, pero que capta muchos lectores fuera de aquí. Explíquemelo.

-Toco fibras muy sensibles de los asturianos: el pasado mítico del que hablamos. Lo que pasa fuera, creo yo, es que la lectura de esta novela sistematiza algo de lo que todos han oído hablar, que les suena, pero que no se conoce del todo bien.

-Por cierto, ¿de dónde viene el título de este último libro?

-Cuando cae el Frente Norte, Franco se da cuenta de que las Cuencas no fueron del todo vencidas, pero tiene que trasladar sus fuerzas hacia el Ebro. Así que crea en Asturias unas fuerzas paramilitares fascistas a las que se bautiza como los Caballeros de la Muerte. Estaban formadas por falangistas, requetés. Todavía hay quien recuerda lo que significaba para estos paramilitares la palabra «multar». Así eliminaban a los elementos subversivos.

-Los guardias civiles en esta historia no son la encarnación del mal.

-¿Por qué lo dice?

-No sé, García Lorca. No siempre salen en la literatura tan bien parados como en «Caballeros de la muerte».

-La Guardia Civil y la Guardia de Asalto permanecieron fieles a la República en su mayor parte. Quise fijarme en los paramilitares que actuaron como la Gestapo en la época de los nazis, unas fuerzas que Franco se encargó de esconder después de 1945, después del final del maquis.

4.2. MAQUIS. LA HISTORIA RECOBRADA.

La Nueva España, abril de 2007



La caída del Frente Norte, en octubre de 1937, y la desorganizada evacuación de los combatientes republicanos llenó los montes de Asturias de guerrilleros, a los que, tras el triunfo de abril de 1939, el nuevo régimen tildó de bandoleros. Franco retiró sus fuerzas regulares. Sin embargo, dejó en Asturias a las contrapartidas de paramilitares fascistas que debían mantener el orden. Siete décadas han pasado ya y Manuel Alonso, «Manolín de Llorío», todavía recuerda cada uno de los días que pasó camuflado en los montes de las cuencas mineras. El escritor Alejandro M. Gallo ha novelado ese tiempo guerrillero

en «Caballeros de la muerte. La última batalla del maquis» (Laria, 2006), la segunda parte de su trilogía sobre la insurgencia en el principado.

Saúl Fernández

- Si no conocías las montañas, cada poco te podías encontrar con un control del Ejército, de los moros o de las contrapartidas... Y había que disparar.

Manuel Alonso González -«Manolín de Llorío» (Soto de Llorío, 1918)-, que es el que habla, subió a los montes tras la caída del Frente Norte, en octubre de 1937. Cuando descendió, ocho años después, lo hizo esposado, herido, como un ladrón de caminos. Fue preso primero en la cárcel de Laviana para después pasar por mil penales: cuando salió libre, en 1964, el mundo había cambiado; el maquillaje camufló de progreso lo que luego se conocería como desarrollismo. De los montes a la cárcel y de la prisión a la venta ambulante y las pólizas de seguros:

- Después de tantos años sólo se ha quedado con una pensión de 511 euros -apunta Jesús González, responsable del PCE en Laviana-

Manolín de Llorío recuerda cada detalle de los años de lucha en los montes asturianos. Es uno de los últimos maquis.

A finales de octubre de 1937 -el decimoquinto mes de la guerra asturiana- el desconcierto se apropió de las fuerzas republicanas. Los nacionales estaban a las puertas de Avilés y de Gijón, las dos últimas ciudades resistentes. Civiles, milicianos... se apostaron en los puertos con el deseo de dejar Asturias, de salir para Francia o de incorporarse a otros frentes activos todavía por toda la Península. El catedrático de Instituto Secundino Serrano -autor de «Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista»- describió aquellos días con elocuencia: «La falta de previsión de las autoridades republicanas, el denominado Consejo Soberano de Asturias y León, motivó que la mayor parte de los combatientes no pudieran embarcarse...»



Manolín de Llorío es de la misma opinión:

- Si desde el principio se hubiera organizado la resistencia de los que nos habíamos retirado de los frentes, nos hubiera ido mejor.

Alejandro M. Gallo (Astorga, 1962) acaba de presentar su tercera novela -«Caballeros de la muerte. La última batalla del maquis» (Laria, 2006)-, una ficción sobre el candor de los héroes de las montañas, una investigación histórica sobre la represión franquista, un paso adelante en el reconocimiento del pasado de Asturias.

- Hay una diferencia fundamental entre las guerrillas de Asturias y de León. Desde el 18 de julio de 1936 León está en manos de los nacionales y al día siguiente ya se ha organizado la guerrilla -explica el escritor-

Lo que sucedió en Asturias, por el contrario -lo cuenta muy bien Manolín de Llorío- es que los «fugaos» subieron al monte cuando no pudieron escapar en los barcos, cuando al regresar a sus pueblos se encontraron con la represión de los franquistas, que «adquirió caracteres de venganza, y alcanzó desde autoridades políticas (el gobernador Isidro Liarte) e intelectuales (Leopoldo Alas Argüelles, rector de la Universidad de Oviedo) hasta miles de asturianos anónimos», escribe Secundino Serrano en su historia guerrillera.

Marcelino Fernández, «Gafas», lo recordaba Alejandro M. Gallo en una entrevista reciente en La Nueva España, dijo que los guerrilleros españoles «fueron los primeros en coger las armas contra el fascismo y los últimos en dejarlas». Cuando el novelista habla de «los primeros» se refería a los primeros en Europa, mucho antes que en Francia, que en Italia o que en Yugoslavia y de esta posición privilegiada deja constancia en «Caballeros de la muerte».

Parte Alejandro M. Gallo en su novela del regreso de un viejo guerrillero a España, Andrés Rivera, «El Mayor». Viene a morir, le han diagnosticado cáncer y falta de España desde que, por un pelo, su partida, perseguida por un chivatazo, se salvó de la

muerte. El de Alejandro M. Gallo es un libro que mezcla la memoria de los «fugaos» y las pesquisas hacia el pasado. «Al igual que las víctimas de azar y el destino, regresas cubierto de heridas...», así comienza la novela, con un narrador evocativo y con sustancia heroica encarnada en esa segunda persona del singular con que se presenta. Andrés Rivera se embarca en un tren que le devuelve al país que abandonó cuando el caudillo se dejó lucir con armiño, con el cetro triunfador y con el miedo a dejar escapar el poder recién adquirido.

Manolín pescaba truchas a mano en el Nalón cuando estalló la guerra

Jueves de mercado, el día en que Manolín de Llorío se acerca a la sede del PCE, cuando se da una vuelta por la Pola, cuando saluda a los camaradas y regresa para casa a la hora de comer. En el bar de la sede, un periodista, un fotógrafo y el escritor Alejandro M. Gallo le aguardan. Benjamín Gutiérrez, de la Fundación Juan Muñoz Zapico, ha servido de enlace con el guerrillero.

La figura de Manolín de Llorío se recorta en el trasluz del dintel de la cafetería. Atisba a los que le esperan, pero decide dar cuenta primero a los camaradas que leen la prensa y que juegan la partida matutina. Cuando se llega hasta la mesa, dice que mejor hablamos en la sede, que no hay ruido y que tampoco hay televisión.

- A mi me crío mi abuelo, el tío Lin de Soto, y es que soy hijo de soltera. Mi padre había muerto de silicosis.



El 18 de julio, el día del levantamiento militar, Manolín tenía 18 años y estaba pescando truchas a mano en el Nalón. - Todavía entonces se podía pesacar en el río -bromea-.

Cuanta que entonces se subió a una bicicleta y se fue directamente a la plaza del Ayuntamiento de la Pola, donde se había establecido una oficina improvisada de reclutamiento. Manolín no tuvo ninguna duda: se hizo miliciano.

Su vida anterior a la guerra fue la que llevó junto a su abuelo y una tía materna, con el ganado y con los latiguillos de la maquinaria. Manolín de Llorío ayuda en las reparaciones.

La primera acción -se le llama a esto bautismo de fuego- fue en la defensa del puerto de Tarna, formando parte del grupo de Antonio García, un vecino de Llorío. Luego pasaron los lavianeses a La Espina, en Tieno, y así el grupo de milicianos se acogió a la autoridad militar. La Espina entonces era la primera línea de fuego. Las columnas gallegas se estaban haciendo sitio en el camino hacia Oviedo. En uno de los enfrentamientos, recuerda Manolín, un fraile de Corias con las armas al cinto cayó por el fuego de los republicanos.

Cuando las columnas gallegas abrieron el cerco a Oviedo Manolín de Llorío se retiró con sus camaradas en dirección al frente vasco. Estaban a la altura de Covadonga cuando recibieron la visita de la aviación franquista.

- Aquello era muy salvaje: tiraban bombas que segaban.

Dejó Bilbao -donde el frente cada noche cambiaba de mano- y regresó a Asturias y se alistó en el batallón de Flórez.

- No podíamos defender como debíamos. Si hubiéramos tenido armamento todavía están corriendo los alemanes y los italianos.



Todo fue nada. - Quedamos en el monte en octubre de 1937.

Dice Manolín, cuando se deja invadir por la memoria, que en los montes asturianos al principio había «como 5.000 guerrilleros». Es la cifra por la que se decanta Secundino Serrano, pero la aplica a toda España.

- Eramos tantos que la Guardia Civil no se nos enfrentaba en los primeros meses -explica Manolín-.

Una de las cosas que tenían claras era que las partidas cuanto más pequeñas mejor.

- Nosotros éramos cuatro o cinco, pero las hubo hasta de catorce.

El peligro eran los rastros que se podían ir dejando:

- Si éramos muchos, hacíamos un camino -señala Manolín de Llorío.

Subieron a los montes los milicianos que perdieron la guerra en Asturias y lo hicieron con las armas que les habían acompañado durante los quince meses que duró el conflicto en la región: mosquetones, algún fusil ametrallador.

- Teníamos al principio mucha munición y la guardábamos en sitios especiales, para que no se mojara.

Pero las balas se acaban y era preciso sobrevivir. Ahí empezaron los golpes económicos, una especialidad de la guerrilla libertaria y comunista. Atracos, pues, y golpes en los cuarteles de la Guardia Civil, recuerda Manolín de Llorío.

La vida diaria de los guerrilleros, de los guerrilleros camaradas de Manolín, era el camuflaje. Vivían en chozas, no se mantenían en la misma posición muchos días, bajaban a algún punto en que se había quedado con los enlaces que traían la comida: - Traían harina, patatas, etcétera. Cocinábamos en el monte -señala el guerrillero bajo la atenta mirada de Alejandro M. Gallo-.

Peña Mayor, Soto Llorío, Raigoxu y otros puntos de los montes de Laviana fueron escenarios de los choques entre los maquis y las fuerzas de orden público o los paramilitares.

La Guardia Civil «no era el mal»

Una de las particularidades más señaladas de «Caballeros de la muerte» es que la Guardia Civil no representa el mal, ya un lugar común en la literatura de izquierdas de la posguerra. Gallo defiende al benemérito cuerpo, que cumplía con su deber. La



Guardia Civil siempre ha estado con el poder, ese es el secreto de su longevidad. El mal en la novela lo encarnan los miembros de las contrapartidas: falangistas, paramilitares...

Manolín de Llorío cuenta que, cuando lo cogieron preso -en Esteyeru, cerca de Pozu Carrio-, lo llevaba esposado un sargento de los regulares y un policía, que de pronto le dio cayazo y le empezó a tirar piedras. El sargento le gritó: le dijo que llevaba a un hombre herido y que no se le podía pegar. «Los más cobardes», concluye, «siempre son los más asesinos».

Los camaradas de Manolín de Llorío subieron al monte como defensores de la República y cuando descendieron lo hicieron esposados o con los pies por delante. Mantuvieron la esperanza de una invasión de los países democráticos, pero no se dio. Abandonados, se transformaron en héroes.

<http://www.guerracivil.org/Diaris/981011mundo.htm>

<http://www.asturiasrepublicana.com/libertad1.html>

http://www.fundacionjuanmunizzapico.org/actividades/2007_CaballerosDeLaMuerte/prensa.htm